



EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Correo concertado

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elias Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Se publica martes y sábados.

Suscripción.

Un año..... 6,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,16

Pago adelantado.

APUNTES DE MI CARTERA

Parábola de Resurrección.

Al Excmo. Sr. Conde de Galdillo, en el día de la primera Comunión de su primogénita.

Mi querido Conde: Tengo para mí que la primera Comunión es señal muy cierta de predestinación para los niños que la reciben dignamente. Una primera Comunión bien hecha (dice Monseñor Segur) es la mejor prenda de salvación y de gracia para toda la vida. Y el gran educador y apóstol moderno de los niños, el venerable *Dom Bosco*, ha escrito las siguientes gravísimas palabras en la vida de su santo discípulo Domingo Savio:

«Recomiendo, sobre todo, a los padres y madres de familia y a todos cuantos ejercen alguna autoridad sobre la juventud, que den la mayor importancia a este acto religioso. Estoy persuadido de que la primera Comunión, bien hecha, es un sólido fundamento moral para toda la vida.»

En confirmación de todo lo cual, quiero que en mi nombre le cuentes a tu hija el próximo día del *Corpus*, que es el día felicísimo y grande de su primera Comunión, la siguiente parábola encantadora que, como verás, no solamente es parábola, sino hermosísimo ejemplo e historia verdadera, cuyo tenor es como sigue:

Fué desmochado por el hacha del labrador el vetusto tronco del antiguo parral plantado en el espacioso patio de la quinta. Cayó a los golpes de la segur la cepa, y quedó tendida en el mismo patio, descansando por un extremo sobre una peña y por el otro sobre un mediano trozo de apollillada viga, quedando, por tanto, completamente desligada del suelo.

Poco a poco el vetusto tronco fué perdiendo el verdor, y resecaándose y amojamándose de día en día, era ya como leña adobada para los fuegos del horno.

Esta cepa, como ya he dicho, descansaba sobre una peña y sobre un trozo de viga: pero en el hueco que entre la cepa y el suelo había quedado, creció viciosamente la mala yerba en tal manera, que un espeso matorral de hortigas era ya, más que la viga y la peña, el espinoso lecho en que parecía estar reposando el cadáver de aquel tronco que fué en mejores días fundamento y sostén del pomposo y gentil parral.

Era una tarde de otoño. Hacía ya meses enteros que no había estado yo en el patio de aquella quinta. ¡Cuánta fue por tanto mi sorpresa cuando, al topar de nuevo mis ojos con la cepa caída que aún perseveraba tendida en el mismo sitio, noté que habían brotado en ella nada menos que dos lindas hileras de verdes pámpanos anchos

y vigorosos como son siempre los de los renuevos!

¿Cómo se explicaba este prodigio? ¿Cuál era la razón suficiente de este fenómeno tan chocante?... Allí estaba todavía el trozo de viga y allí la peña, y sobre una y otra todavía descansaba también la cepa por sus dos extremos. Las sofocantes hortigas no cejaban en su exuberante crecimiento y había medrado de tal suerte el matorral, que parecía que iba a ser sepultado entre sus viciosos renuevos el desmochado tronco.... A pesar de lo cual, lozocaban posposamente prendidas a él y viviendo de su jugo aquellas dos hileras de verdes pámpanos que tan confuso y pasmado me tenían.

Pero ¿cómo puede ser (me decía yo) que por las rotas arterias de una cepa muerta circule todavía la fecundante savia?

Un viejo labrador me descifró este enigma.

Apartó con el pie unas cuantas hortigas del matorral, y con el dedo me señaló una raicecilla velluda y terrosa, semejante a una cuerdecilla dehilachada y sucia, la cual estaba unida por un extremo al tronco mutilado, y por el otro extremo, estaba prendida en la misma tierra de donde chupaba los convenientes jugos.

Aquella velluda raicecilla, aquel hilillo oculto entre las hortigas, era, pues, el conducto casi invisible por donde subía desde la tierra al tronco y desde el tronco hasta los pámpanos la fecundante savia....

Tal era la hermosa parábola que el ingenioso Paul Féval contaba y comentaba a sus hijos con sabrosa delectación cuando con el corazón henchido de nobilísimos y generosos sentimientos, les narraba las *Etapas* de su conversión maravillosa.

¡Oh, hijos míos (les decía), pobres hijos míos! Aquella velluda raicecilla, aquel hilillo vegetal escondido entre las hortigas, símbolo es y figura del lazo misterioso, bendito e indisoluble con que la primera Comunión bien hecha ata al alma cristiana con Jesucristo por modo maravilloso e inefable.... Yo tuve la dicha, Dios me concedió la gracia de hacer bien mi primera Comunión, cuya fragancia y aroma embalsama todavía mis recuerdos. Y un día, después de una larga vida mal empleada, sentí que aún estaba yo unido al Corazón de mi Dios por aquella raíz misteriosa que es más poderosa y fuerte que la muerte misma. Como añoso tronco descepaado del rico suelo que antes me alimentaba, yo viví largos años en el país de la rebelión y de la incredulidad, lejos, muy lejos de mi fe querida. Pero todavía perseveraba el lazo invisible bajo la mala yerba, y él me prestaba, sin yo

sentirlo, la partecita, la molécula, el átomo de savia, el soplo ó el aliento de vida que basta para evitar la muerte eterna.... ¡Oh, Señor! Glorificando sea vuestro Corazón por encima de todos los cielos. Vos habéis vuelto a entrar por ese estrecho conducto dentro de vuestro indigno siervo; Vos, cuya inmensidad no es capaz de contener un mundo ni mil mundos. JESUS amoroso, bondad indecible, Dios adorado, Salvador eterno: Vos me habéis provisto de un talismán soberano; yo llevaba dentro de mí ese Viático en flor, esa bendición imborrable que dura más que la vida como el otro Viático nos acompaña más allá de la muerte. Las pruebas y sufrimientos de mi vejez me son dulces porque he conservado la vacuna de vuestro amor inoculada en mis venas cuando yo era niño y mi última hora no será triste, sino tranquila y bolla por la bendición y gracia de mi primera Comunión.

J. Marin del Campo.
Hora de Toledo 22 de Mayo de 1910.

ALBANZA

Cuanto existe, Virgen santa,
himnos de gloria te canta
con arrebatado amor;
te canta el ave en su arrullo
y la fuente en su murmullo
y la selva en su rumor

Te canta la flor de Mayo
y te canta el iris gayo
y el rocío matutinal;
te cantan del mar las olas
y del sol las aureolas
y de nubes el cenital.

Y te cantan los mortales
subiendo a Ti en espirales
de incienso la adoración,
y entre la armonía grave
del órgano dulce y suave
subiendo a Ti su canción.

Te cantan hombres y ancianos
porque encuentran en tus manos
sus culpas perdones mil;
te cantan los tíos niños
porque en Ti mismo y cariños
hallan su gracia infantil.

Todo canta tu grandeza
que eres fuente de belleza,
de armonías y de bien,
haz que un día, Virgen pura,
gocemos tanta hermosura
contigo en el bello Edén.

S. Liso y Estrada

TARDE DE MAYO

Los poéticos esplendores de Mayo han desaparecido. Tiempo hace que el Sol no resplandece, y lejos de sentirse el aroma de las flores, sólo se respira ese ambiente húmedo que nos dejan las pertinaces lluvias.

Truenos, relámpagos, copiosos chaparrones, negruzcas nubes, tiene mi atardecer de Mayo. El ambiente triste parece que pesa sobre el ánimo. Mi imaginación, en su viveza, se revela disipando las tristezas que se amontonaron en mi pensamiento en tanto que las nubes se ciernen en el cielo, y esa loca que sueña y que delira, trajo a mi mente páginas del pasado, aforanzas que alegraron mi niñez.

Ya no veían mis ojos los pardos nubarrones, ni mis oídos sentían el monótono son de las gotas que caen. Unos y otros estaban cerrados al mundo exterior. Los ojos de mi alma veían luces, flores, niñas, una Señora hermosa, inmaculada... Mis oídos escuchaban cánticos dulces, arrobadores, frases de amor, súplicas de piedad.... Olvidé mis años, y volví a mi infancia, en aquel mundo de mis recuerdos, y cuando de nuevo me hallé en la realidad, busqué si en algún Templo vería revivir escenas de mi ayer.

Cuando llegué a la Iglesia de San Juan, una atmósfera templada, llena de aromas, acarició mi rostro, y mis ojos, atónitos, contemplaron en el altar la Imagen de la Madre del Amor Hermoso, que en mi infancia adoré.

Flores lucía su trono; niñas cantaban sus glorias; ángeles vestidos de blanco, hacían la ofrenda que yo hice también.

En las notas del órgano, en los cantos de amor, no iba sólo el impulso de la genial artista que arrancó armonías, ni las voces de angelicales cantoras, iban también recuerdos, súplicas, sonrisas y lágrimas de las almas que llevaban tras sí. Creí soñar, pero los notas del órgano dejaron de oírse, y el ruido de machedumbre que se aleja, hizo me comprender que no era ilusión, sino realidad.

Pregunté, y la respuesta me llenó de alegría. Dos señoritas, pianista de mucho mérito la una, cantante de bien timbrada voz la otra, entristecidas porque aquí no había Flores de Mayo como allá en la *sua querida terrinha*, buscaron auxiliares para llevar a cabo un noble afán.

¿Cómo no hallarlas entre las Hijas de María que con las niñas se agrupan los domingos junto a su trono?

El mismo entusiasmo, pronto dominó a todas, y trabajando para educar las voces de las pequeñas que acuden al Catecismo, formaron ese coro y esas voces que con tanta emoción escuché.

Los blancos trajes que las niñas lucen... las lindas flores que el altar ostenta, ofrenda son de las Hijas éstas.

¿Cómo se llaman?, dije, a riesgo de que por mi pesadez no me dijeran más.

—No quieren que se publiquen sus nombres.

En el fondo de mi alma brotó franca e inmensa gratitud hacia las que en su deseo de celebrar las Flores de María, hicieron revivir más de un pasado. Si ellas no buscan los aplausos que su labor merece ocultando su nombre, algunas manos ho se unirán para premiar su obra, pero la sonrisa de la Madre del Amor Hermoso pagará con creces su piedad, su entusiasmo, su trabajo.

Tristán Vegadas.

Toledo 23-V-910.